

realizarlo, porque demasiado conozco mi deficiencia. Prefiero hablar con ingenuidad y sin cuidar de la forma, seguro de que vuestra benevolencia y vuestra perspicacia suplirán con creces lo que mis palabras no pueden expresar.

«¿Qué deciros del admirable brindis que acabamos de escuchar, sino lo mismo que habéis sentido y que seguramente habéis pensado también? De la manera más bella y elegante se os han recordado las terribles angustias de que hace más de diez años padeció la Nación, azotada por el hambre, la epidemia y la ruina de una parte considerable de su riqueza, y se han pasado delante de nuestros ojos, en magistrales rasgos, las principales etapas económicas y hacendarias que desde entonces hemos recorrido, hasta presentaros en vivísimos colores el cuadro lisonjero de los resultados alcanzados después de dos lustros, y que, es de esperarse, afianzarán por luengos años la prosperidad cada día creciente de la República.

«Todo lo que á este respecto se os ha dicho, es cierto, muy cierto, y si no se hubiese asociado mi nombre de manera tan directa á la maravillosa transformación del país, nadie seguramente de los que estamos aquí reunidos, tendría reservas que formular para dar su aprobación sincera y entusiasta á lo que ha expresado con tanta elocuencia nuestro amigo el señor Calero. Permitidme, pues, que formule las mías, no aceptando más que á título de galantería de anfitrión y como antiguo testimonio de simpatía, los elogios que se me han prodigado

y los méritos que se me atribuyen con motivo de la sorprendente evolución económica que hemos presenciado.

«Al patriotismo, al sentimiento de estrecha solidaridad y á la abnegación del pueblo mexicano se debe, en primer término, el éxito obtenido. Merced á esas cualidades de nuestro pueblo, los sacrificios sin número que le fueron pedidos en la forma de aumento de impuestos, reducción de sueldos y privaciones de todo género, permitieron alcanzar en dos años la nivelación de los presupuestos y realizar, poco tiempo después, igual nivelación en las condiciones del trabajo nacional, mediante la supresión de las aduanas interiores.

«Preciso es reconocer, sin embargo, que no se habrían obtenido de todos los elementos sociales que constituyen la nación mexicana, la disciplina y el esfuerzo colectivos indispensables para emprender grandes obras, sin la mano vigorosa, la acertadísima dirección y otras incomparables cualidades del hombre extraordinario que rige los destinos del país desde hace un cuarto de siglo, y que después de haber sofocado para siempre toda tentativa de desorden, supo crear una administración pública, inspirada en las ideas de moralidad, de justicia y de progreso. No extrañéis, señores, que al hacer alusión al Gobernante insigne á cuyo lado he tenido la honra de trabajar durante catorce años, no deje pasar una ocasión de tributarle ante esta concurrencia tan selecta como numerosa, la admiración más profunda por sus excepcionales prendas y mi



reconocimiento por el cariñosísimo trato y la confianza sin límites con que siempre me ha distinguido. Esta confianza ha sido para mí un motivo de legítimo orgullo, y, para merecerla, jamás he vacilado en asumir toda la responsabilidad de los actos de la Secretaría de mi cargo, especialmente de los muchos errores que, sin duda, se han cometido durante mi larga gestión hacendaria.

«Con un suelo tan privilegiado como el que nos tocó en suerte habitar; con un medio social tan favorablemente dispuesto como el nuestro para todo lo bueno y noble, y con un Caudillo enérgico y justiciero, modelo de virtudes y progresista, la tarea de la Secretaría de Hacienda ha sido relativamente fácil, y no amerita que se la distinga de las demás labores de la actual administración. Hay más todavía: el que tiene la honra de dirigiros la palabra no ha estado en la brega sólo, sino que se ha visto ayudado empeñosamente en las circunstancias difíciles por sus estimables colegas de Gabinete, de quienes espera todavía que no le escatimarán su benévolo concurso para prevenir los peligros que suelen traer consigo las épocas de abundancia.

«También ha tenido el que habla eficaces colaboradores en las Cámaras, en el personal del ramo de Hacienda y en las comisiones especiales nombradas para el estudio de los problemas más arduos. Entre los colaboradores, ocupa el primer lugar el laborioso, inteligente y leal amigo que, desde 1893, ha estado llevando, sin interrupción alguna, casi todo el peso de los asuntos diarios de la

Secretaría; que ha tomado participación en todas las congojas y contrariedades, y que, movido exclusivamente por el amor á su país y por el espíritu de adhesión á sus amigos, ha sacrificado la mejor parte de su vida en aras de un trabajo abrumador, tan útil como ingrato. Lo habéis comprendido, señores: aludo á mi inapreciable compañero el señor Subsecretario de Hacienda.

«Para dar cima á mi propósito de atribuir á cada cual lo que le corresponde, quiero solventar una deuda, que es á la vez deuda de gratitud y homenaje á la verdad y á la justicia. ¿A quién mejor que á vosotros los publicistas y á los representantes del Comercio, de la Industria, de los Ferrocarriles, de la Banca y de los demás ramos de la riqueza pública, que habéis vivido en contacto frecuente con el Gobierno, que lo habéis ilustrado con datos y opiniones, hijos de vuestra experiencia, que habéis contribuído de mil maneras á dar impulso á los múltiples ramos de la producción nacional; á quién mejor que á vosotros, repito, corresponde el inapreciable mérito de haber traído, para luchar contra tantos enemigos adversos, todas las fuerzas vivas de la nación al campo de batalla, de donde por fin surgió radiante la victoria del bienestar y del progreso?

«¿No es á vosotros á quiénes me he dirigido en los momentos de aflicción? ¿Puedo olvidar que jamás me ha faltado vuestro concurso y el del sinnúmero de personas y empresas que representáis, cuando se ha tratado de luchar contra la miseria y la mala suerte ó de implantar una reforma?



«Pues bien, ya que en vuestra actitud y prudencia y honradez ha confiado sin cesar el Gobierno, y ya que los principales gremios del trabajo nacional han tomado participación tan activa en la regeneración del país, no soy yo, señores, el que debe ser objeto de esta brillante fiesta, sino todos vosotros, extranjeros y mexicanos, que, unidos por los nobles vínculos de la confraternidad humana, ostentáis, con la gratísima satisfacción del que sabe ajustar sus hechos á sus palabras, el hermosísimo lema latino: *Labor omnia vincit.*»

«Probablemente sabéis que desde que fuí honrado con la cartera de Hacienda nunca he querido prestarme á manifestaciones como ésta, por lo que me he visto con pena en el caso de rehusar invariablemente toda clase de agasajos, por modesta que fuese la forma en que se pretendía hacerlos. Hoy, que ya nadie puede atribuirme miras políticas, y que, á mayor abundamiento, se ha sabido por boca de la persona más autorizada para afirmarlo, que jamás he abrazado la menor ambición de ese carácter, ha desaparecido la causa principal de mi retraimiento, y por este motivo me apresuré á aprovechar, con sumo placer, la ocasión que me proporcionáis de sentarme á vuestra mesa y de expresaros, con toda la fuerza de que soy capaz, mi gratitud.»

Concluyó proponiendo que se elevaran las copas: «Por el Primer Magistrado de la Nación, por que subsistan y se estrechen los lazos de unión y de simpatía entre el Poder público y las clases socia-

les, que tan dignamente representáis; por vuestra felicidad personal y el éxito de vuestras empresas; por la prosperidad de la República.»

Los «menus» de este banquete ostentaban en la parte superior tres fechas memorables en la vida oficial del señor Limantour: «9 de marzo de 1893,» en que fué nombrado Ministro de Hacienda: «12 de mayo de 1896,» en que fueron abolidas las alcabalas, y «25 de marzo de 1905,» en que firmó el decreto de la reforma monetaria. Los organizadores del banquete obsequiaron al Ministro con una placa de oro, que lucía una palma en la que se leían las tres expresadas fechas, y en la parte inferior la inscripción siguiente: «Al esclarecido hombre de Estado, señor secretario de Hacienda y Crédito Público, Lic. Don José Ives Limantour, recuerdo de un grupo de amigos y admiradores pertenecientes á la Banca, Comercio, Industria y Agricultura. México, julio 20 de 1905.»

El señor Limantour forma parte de muchas sociedades nacionales y extranjeras, de las que mencionaremos algunas únicamente. Desde muy joven, y como ya se ha consignado en el primer capítulo, es socio de número de la sociedad de Geografía y Estadística; por aquella época, y durante cierto tiempo, desempeñó el puesto de sud-bibliotecario del Colegio Nacional de Abogados; pertenece á la Sociedad Mexicana de Legislación Comparada y á



la de igual clase de París; es miembro correspondiente de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid; tiene diploma de fundador de la Sociedad Minera Mexicana; en 1878 se le inscribió como miembro del Congreso Nacional de ciencias Etnográficas; es socio honorario de la Sociedad Mexicana para el cultivo de las Ciencias, de la Alianza Científica Universal y de la National Geographic Society de Washington; es miembro correspondiente de la sociedad de Economía Política de París; forma parte de las sociedades mutualistas «Hijos de Hidalgo,» de San Antonio Texas, «Hidalgo» de Guadalajara, y «Siglo XX» de esta capital, del Gran Círculo de Obreros de Monterrey y de la Sociedad Fraternal de Obreros Libres; es socio honorario «ad vitam» del International Club, de San Antonio Texas, del Ateneo Mexicano Literario y Artístico, y por muchos años ha sido Presidente del Jockey Club, etc., etc.—En unión de otros distinguidos mexicanos forma parte de la Corte Permanente de Arbitraje de la Haya.

Ha obtenido muchas y distinguidas condecoraciones extranjeras; primero, el grado de comendador de la Legión de Honor, y cuatro años más tarde el de Gran Oficial de la propia Orden: el Shah de Persia le confirió la Gran Cruz de la Orden del Sol y del León; es Comendador de la Orden de la Estrella Polar, de Suecia; el Rey de Bélgica lo agració con la condecoración de Gran Oficial de la Orden de Leopoldo; le fué concedida la Cruz de Primera Clase de la Orden Imperial de la Corona

de Hierro, por Su Majestad el Emperador de Austria-Hungría; igualmente el Emperador Guillermo lo condecoró con la Orden Real de la Corona de primera clase de Prusia, y, por último, es Comendador de la Orden de San Mauricio y San Lázaro, de Italia.

En 20 de abril de 1907, y á propuesta del venerable M. Pierre Emile Levasseur, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia, que apoyó en un dictamen la Comisión *ad hoc*, sintetizando los méritos contraídos en servicio de su patria por el señor Limantour, fué éste nombrado para cubrir la vacante que había dejado en aquel alto cuerpo el eminente doctor argentino Carlos Calvo, designación señaladísima, pues sólo hay seis extranjeros que disfrutaban el honor de ser miembros de tan alta corporación. Entre ellos, el célebre economista y hombre político italiano Luzzatti; de Martens, autoridad distinguida en materia de Derecho Internacional, de origen ruso y recientemente fallecido, y de Bryce, notable publicista inglés. De su discurso en aquel acto ya hemos hablado en páginas anteriores. Agregaremos, ahora, que el Instituto decidió que el expresado trabajo se insertara en la Compilación mensual de aquel Cuerpo, que conserva en forma de biblioteca las obras más notables de los académicos. La publicación del discurso del señor Limantour ha tenido por feliz resultado la creación en París de una junta en la que figuran los más prominentes miembros de la Colonia argentina en aquella ciudad, y que tiene por objeto erigir á Calvo un monumento.



Por último, en fecha reciente, (abril de 1900) el señor Limantour fué honrado con el nombramiento de Vice Presidente honorario del Congreso de las Razas en Londres, y agraciado con la gran Medalla de Oro de la Cruz Roja Española, benéfica institución extendida por el mundo entero.

Contrajo matrimonio el señor Limantour en enero de 1880, con la señorita María Cañas, de una de las familias más distinguidas de nuestra sociedad. De este matrimonio nacieron tres hijos: María Teresa, hoy señora de Iturbe, el niño Luis, muerto en 1903 de tres años de edad, y el joven Guillermo, que sigue sus cursos en la Escuela Nacional Preparatoria. El Ministro ha querido, en efecto, que su hijo se eduque democráticamente en el único establecimiento en que los criterios se emancipan de prejuicios y se tallan los intelectos de los hombres libres. Su deseo ardoroso y vehemente es hacer del joven una unidad útil á la Patria y á la Ciencia, un completo y buen mexicano. Esposo irreprochable y padre amoroso, nuestro biografiado ha formado un hogar modelo, en donde encuentra el descanso y la compensación de sus trabajos y contrariedades.—En el seno de su familia ha sufrido, sin embargo, dolores agudos: la separación de su hija, radicada en París, la muerte de su hijo Luis y la de su hermano Julio, ocurrida en octubre de 1909, á quien quería con un cariño paternal-

La vida del Ministro corre sencilla y diáfana: de años á esta parte ha cambiado su albergue ciudadano por su residencia de Mixcoac; el *cottage* es elegante antes que suntuoso, y en él predomina el buen gusto más bien que el lujo. Levántase á las primeras horas de la mañana y se encamina al bosque de Chapultepec, al que consagra atenciones de que ya hemos hablado; generalmente se instala de nueve á nueve y media en su despacho del Ministerio, en el que permanece, con una puntualidad cronométrica, hasta la una; pasa algunas tardes en Mixcoac, consagrado al estudio de los múltiples asuntos que trae siempre entre manos; otras, regresa al Ministerio, para ausentarse entrada la noche.

Recibe invariable á todos los que de él solicitan una audiencia. ¡Y son tantos, no obstante, los que la solicitan! Las puertas de su despacho están francas á grandes, medianos y chicos, y siempre se le encuentra dispuesto á contestar así á una pregunta discreta como á una impertinencia. Su amabilidad, en estos casos, corre paralelamente con su benevolencia, y vésele pasar, sin transición, del debate técnico con personas bien informadas á la explicación infantil para los mal preparados. Y esto en un mismo minuto y en un salón en que suelen reunirse, por grupos, un buen número de individuos.

En el comercio social, el señor Limantour es cuidadoso y atento. Jamás deja de cumplir con los deberes de cortesía, y en una pena como en un acontecimiento feliz, nunca falta, entre las primeras,